

aquel que fiero quebranto  
en su pecho no sintió.

Mas yo, á quien el ado adverso  
persigue con furia impía;  
yo que jamás tuve un dia  
sin dolor y sin pesar;  
yo que en mi pálida frente  
llevo escrito un anatema.....  
que el llanto mis ojos quema.....  
¿cómo reir y gozar?.....

Goza, tú, mi dulce amiga,  
goza, y de placer radiante  
siempre brille tu semblante  
cual brilla en el cielo el sol.  
Siempre feliz se sonrian  
la esperanza y la ventura  
bañando tu frente pura  
con su mágico arbol.

Vive dichosa, y perdona  
si al felicitarte hoy,  
acaso mas triste estoy  
de lo que debiera estar.  
Que cuando el alma padece  
cual padece el alma mia,  
se siente dulce alegría  
sus penas en confiar.

José María Espadas y Cárdenas.

### LECCION DE UN PADRE.

ANECDOTA MORAL.

(Conclusion.)

El buen anciano guardó silencio unos instantes. Fijó su vista dulce y tranquila en el grupo que formaban sus tres hijos; la dirigió despues hácia el cielo, y dos lágrimas corrieron casi imperceptiblemente por sus megillas. Despues dijo con afable acento:

—No me admira lo que acabas de decirme, hijo mio, porque ya has manifestado que *amigos vivamente interesados en mi sosiego*, y dió á estas paladras un tono particular, os sugirieron esta idea. Debereis conocer, sin embargo, que necesito meditar tus palabras, antes de decidirme á dar un paso que pudiera en adelante comprometeros. Solo un mes os pido para contestaros. Durante él os ruego observeis lo que trato de hacer. Pasado este plazo, si persistis en vuestra peticion, os será al momento concedida. En el ínterin no hay mas que esperar y ver.

Acercábase ya la noche: levantóse el anciano y acompañado de los tres jóvenes marcharon hácia la casa.

Llegados á ella y cuando el padre se dirijia á su habitacion,

—Adolfo, dijeron á la vez los otros dos hermanos, ¿qué tratará padre de hacer que nos ha mandado con tanto encargo que le observemos?

—¿Quién sabe! respondió Adolfo. Allá lo veremos. Un mes pronto pasa y saldremos de dudas.

A la mañana siguiente llamó D. Anselmo á los tres jóvenes. Apenas se presentaron,

—Mirad, les dijo. Acabo de disponer que Juan, el criado de la huerta, alcance un nido de pajarillos. El pobre muchacho ha sido tan eficaz en obedecerme, que al momento me lo ha traído, y vedlo: observad como pian reclamando el sustento que ellos no pueden proporcionarse, porque no tienen pluma que les permita volar para buscarlo.

Los tres hermanos miraron atentamente á su padre como queriendo adivinar su pensamiento.

—Ahora, continuó, voy á encerrarlos en esta jaula y á fijarla en la ventana que dá á la huerta.

Y juntando la ejecucion á la palabra, marchó seguido de sus hijos á ponerlo por obra.

—Desde ahora no perdais de vista la ventana hasta que pase un rato. Despues hareis lo mismo todos los dias en cuanto vuestras ocupaciones os lo permitan.

Efectivamente, pusieron á observar la jaula, y oyeron el clamoré de los tristes pajarillos, que no cesaban de piar, como se trañando, sin duda, el lugar donde les colocáran, ó echando menos los consuelos y asistencia de sus padres. Empero poco tardaron estos. En breve vieron llegar dos pájaros grandes, hermosos, que revoloteando por los aires saltaban acá y acullá atraídos por los lastimeros ayes de los pequenuelos, hasta que divisaron la jaula y se posaron en ella. Eran los padres que anhelantes, desesperados, querian con sus tiernos piquitos romper los duros barrotes que les separaban de sus hijuelos: batian las alas como si quisiesen cobijarlos con ellas y hacian mil esfuerzos por introducirlos en la horrible prision. Al fin, cansados, llenos de fatigas, reconocieron que sus tentativas eran inútiles, y abandonaron la ventana partiendo como dos escalcaciones. No se hicieron esperar mucho tiempo. A pocos instantes volvieron ansiosos conduciendo en sus picos el sustento para sus hijos. Acercáronse á la jaula, y al verlos se redobló el piar de los pequenuelos que alzando sus alas á costa de mucho trabajo pudieron llegar hasta donde sus padres se hallaban y recibieron de ellos la comida que gozozos les presentaron.

Trascurrió cerca de un mes, y todos los dias se repitió varias veces la misma escena que casi siempre presenciaban nuestros jóvenes. Ya los prisioneros pajarillos estaban cubiertos de plumas saltaban dentro de la jaula y sus padres no por eso los abandonaron: siempre les traian el deseado sustento que ellos devoraban con placer.

Dos dias faltaban ya para el cumplimiento del término pedido por D. Anselmo, cuando este hallándose con sus hijos en la habitacion, cuya ventana contenia la jaula,

—Ahora, exclamó, vendrán los padres de nuestros pajarillos traerles su acostumbrada comida. Vereis lo que hago con ellos.

Llegaron en efecto los pájaros y se pusieron á dar el sustento á sus hijuelos como solian hacerlo. El buen anciano entonces por medio de una trampa que habia preparado de antemano logró apoderarse de los padres y descolgó la jaula.

—¿Qué vais á hacer, papá? preguntó Adolfo.  
—Muy pronto lo vereis, contestó.

Y abriendo la puertezuela dejó escapar á los pajarillos que se solozaban entre las ramas, hasta que reuniéndose con otros cuantos que por allí revoloteaban, cruzaron los aires y se perdieron de vista.

Pasó todo aquel dia. Durante él, Adolfo y su hermano visitaron la jaula en distintas horas. Los pájaros se hallaban allí solos silenciosos, sin que nadie se acercara á consolarlos.

Por fin, amaneció el siguiente y en la ventana la misma soledad, el mismo silencio. Ningun pájaro amigo se habia aproximado á la triste cárcel, ningun socorro se habia prestado á los pobres prisioneros, que desfallecidos por el hambre y la sed esperaban llegase su último instante.

Compadecido de ellos Enrique, dijo á su padre:

—¿No veis, papá, que estos animalitos van á morir estenuados por falta de alimento? Esto es una crueldad: voy á echarles agua de comer y traerles agua para que apaguen la ardiente sed que devora.

—No hagas tal cosa, replicó cariñosamente D. Anselmo. Necesitan comida. Ya verás como sus hijuelos se la traen, y á tarde os los encontrareis mas alegres y vivarachos.

—Pero, papá.....

—Ea, nada. Un poco de calma: me habeis prometido esperar y es necesario cumplirlo.

Vino la tarde tan deseada. D. Anselmo acompañado de sus hijos se dirigió á la habitacion que ya conocen nuestros lectores. Apenas entraron en ella se lanzaron presurosos á la ventana. Los ojos se clavaron en la jaula. En un rincon de ella yacian los pobres pájaros escánimos: habian muerto de inanicion.

El buen anciano se acercó á los jóvenes, que mudos y sorprendidos no quitaban la vista de la jaula.

—Hoy espira el plazo que hace un mes os pedí para responder á vuestra demanda; les dijo con voz grave y sentida: voy á dar mi contestacion.

Y alcanzando la jaula colocóla sobre la mesa.

Los tres hermanos se miraron admirados y confusos. Habian